

tenía motivos bien fundados para odiarla. Julia cambiaba de maridos, pero no cambiaba de compleción. Las propensiones al goce, lejos de calmarse con los años, exacerbábanse á su transcurso. Tiberio aparecía en el matrimonio á sus ojos con esta laca, la de ser el único varón romano que resistiera con resistencia invencible las seducciones de sus atractivos y los mandamientos de su voluntad. En cuanto á él, imaginaos con qué gusto recibiría por mujer á la misma que no había querido por manceba. Mucho asco debía causarle, y no mucho amor, la esposa elegida y designada por los suyos. Pocas veces habránse visto en matrimonios desgraciados tantas mutuas repulsiones invencibles. Julia satisfacía un capricho, avasallaba un despegado y rebelde; mas para ella no tenía encantos el placer legítimo. No satisfacía el deseo sino claudicando ella y corrompiendo á los demás. En tal estado la vida matrimonial se tornaba insufrible de todo punto. Habitando bajo un solo techo, durmiendo en su nupcial tálamo, constreñidos por los mutuos deberes á tener una existencia común, hallábanse apartados por un combate, superior en odios y en crueldades á cuantos vemos en este nuestro desastrado universo, el combate feroz entre dos almas juntadas por la fuerza y discordes y reñidas por sus sendas invencibles propensiones.

Treinta y siete años á lo sumo contaría Tiberio cuando atravesaba tan siniestra fase de su vida. En ella debió adquirir la tristeza degenerada en misantropía, por cuyas criminales sugestiones oprimió la tierra, desangró la humanidad y deshonró la historia. Hijo dócil de Livia, vasallo fiel de Augusto, hecho á servir en el ejército y en la corte, ni un reparo adujo contra su boda; pero allá en lo interior del pensamiento recatado, bajo las dobleces de una voluntad hipócrita, en el seno de un ánimo solitario, aunque le rodeara todo el mundo, los propósitos de resistencia se arraigaron hasta un extremo tal, que nunca fué, nunca, esposo de Julia. Ésta, por su parte, aprovechaba el influjo omnipotente sobre su padre para tenerlo alejado y casi proscripto de la corte. Por consecuencia, todo indicaba el desenlace fatal de semejantes discordias matrimoniales, todo indicaba un divorcio. Tiberio lo quería con su imperiosa voluntad y lo preparaba con su natural astucia. Conociéndolo Julia, procuraba divorciarse, no legal, materialmente. Cooperaban á esto con ella los innumerables co-partícipes de su amor y de sus favores, pregonando á una la deshonor de Tiberio, sin pensar que pregonaban también los vicios de Julia. Plumas como la de Séneca el filósofo y Plinio el joven, además de las plumas, como tantos verdaderos pu-

fiales por los historiadores de primer orden esgrimidas, han trasladado á la posteridad este divorcio enmascarado con careta de político destierro. Tiberio se fué á Rodas, pero se fué con la resolución irrevocable de resarcirse y de vengarse.

El destierro de Tiberio produjo, como no podía menos, bandos y partidos en la familia imperial. Las guerras civiles ahogadas en la ciudad renacieron feroces en la corte. Así resulta por ley natural con todos los imperios. Matan la oposición franca en los comicios y brota la oposición artera en los harenes. Tiberio no perdonó á su mujer Julia que, para desasirse de su incómoda compañía, le designara en los consejos de Augusto general contra los parthos. A tal cargo impuesto por la perfidia, prefirió un destierro voluntario, en la seguridad y certeza de que resultaría por fin y á la postre destierro definitivo. Augusto y Livia le rogaron de común acuerdo que ofreciera el recibido mando en Asia y renunciase al escandaloso apartamento en Rodas. Tiberio, en su tenaz complexión, rehusó todo género de concesiones á los deseos paternos, con el fin de ver cómo Augusto se las componía sin él y Livia lo echaba de menos. Cuanto se prometía de su ausencia resultó en seguida. Livia se halló sola, y en su triste soledad circuida por las asechanzas de su nuera y de los hijos de su nuera. Ésta, en el

primer parto sufrido bajo la nominal advocación de Tiberio, tuvo un aborto, y el aborto aumentó el horror de su marido á ella y las maniobras de Livia contra la herencia y el influjo de sus hijos. Había, pues, dentro de la corte un partido personalísimo del emperador, otro de la emperatriz, otro de los nietos del emperador, otro de la princesa Julia. Presidía Sempronio Graco el de la princesa. Tal joven, acostumbrado á los combates políticos del antiguo tiempo, combatía en la casa del emperador como si estuviera en la casa del Senado. Así, á fuerza de maniobras políticas, logró, porfiando tres ó cuatro años, convertir el destierro voluntario y temporal de Tiberio en destierro definitivo y forzoso. Semejante victoria nueva, conseguida por la influencia de Julia sobre la influencia de Livia, hirió el corazón de esta última, corazón de madrastra, con herida mortal. Desde aquel minuto propúsose con propósito firme revelar al esposo las maldades increíbles de su hija. Estaba cierta de romper y despedazar su corazón, mas prefería con mucho tamaña extremidad á un odio platónico y secreto, incapaz de pública y ruidosa venganza. En el apego de su marido á renovar las virtudes republicanas, cual si no fuese toda corrupción natural y propia de los imperios, nada podía herirle como un conocimiento claro de lo que su hija era en el mundo.

Tenía la por ejemplo de castidad y pureza. Cuando algún rumor á sus oídos iba, lo desechaba, teniendo á su Julia por una especie de Claudia. Fué tal Claudia una buena y casta mujer en tiempo de la República. Perseguida por infames calumniadores á causa de su horror al vicio, supo confundirlos pública y solemnemente. Como colosal nave portadora de la estatua de Juno, al ingreso de Ostia naufragara, y los adivinos anunciaran que solamente la pondría en flote, sacándola del abismo, una mujer honesta, Claudia se avanza, y con religioso conjuro, pidiendo á la divinidad un mentís de las calumnias que desopinaron su persona, la maravilla se cumplió y vino á la superficie del mar la máquina sepultada en lo profundo. Llevaba el emperador su imperial celo por la virtud y pureza de Julia tan allá, que le combatía sus propensiones al excesivo lujo. Ésta, cuando se adornaba con exceso, decía que se adornaba para su esposo, y cuando se adornaba con sobriedad y sencillez decía que se adornaba para su padre. Augusto aprovechaba todas las ocasiones propicias para darle algún advertimiento práctico. Cierta vez que notó en el circo clarísima diferencia entre la recepción dispensada por el pueblo á Livia, que iba en compañía de gentes tan maduras como graves, y la recepción dispensada por el pueblo á Julia, que iba en compañía de gentes

tan jóvenes como ligeras, hízole notar la hija que la juventud resulta siempre un mal corregible á cada minuto. Otro día, como Augusto viera la peinadora de su hija despojándola de algunos cabellos blancos, llamóle su atención sobre cuánto deben preferirse las canas á la calvicie. Julia defendía sus lujos y ostentaciones con estas frases felicísimas: «si mi padre olvida con frecuencia ser César, yo nunca olvidaré que soy la hija de César.»

No convencían tales razones al emperador. Empeñado en guardar de la República todas cuantas ventajas la República tuvo, si no mantenía las instituciones libres y parlamentarias mantenía las viejas y austerísimas costumbres. En el habla usual de los republicanos surgía continuamente, como un tópico indispensable, la rueca y el huso de Lucrecia. Camilo, Cincinato, Curcio, vistieron trajes hilados y urdidos por sus mujeres. Augusto se ufana de lo mismo, de que sus vestiduras en todo tiempo salieran de los telares caseros, tejidas por mano de sus mujeres. En tal empeño se advertía toda la característica propia de su política. Nunca se habló tanto de libertad, nunca de Senado, nunca de viejas instituciones republicanas como á la fundación del Imperio. Todo lo tristemente nuevo se revestía y enmascaraba con las apariencias de lo antiguo. No acabó la grandiosa Cámara senatorial en su

tiempo; renovóse y purificóse á sus leyes. El tribu-  
nado y el consulado no desaparecieron; desempe-  
ñaronlos estadistas integérrimos como él y como  
Agripa. La censura, tan gloriosamente fundada en  
los antiguos tiempos y esclarecida por el celo repu-  
blicano, cayó en su poder á fin de que recobrará los  
antiguos esplendores.

En la tribuna ociosa no se oyeron los discursos  
de Marco Tulio, pero se promulgaron las leyes Ju-  
lia y Papia Popea, santificadoras de las costumbres,  
pretendiendo así el innovador que restauraba y no  
hería la República. De igual suerte organizó la corte.  
No busquéis en ella los libertos de más tarde, aque-  
llos favoritos griegos que, después de haber pasado  
por la ergástula, cooparticipaban del trono, y con  
la cadena en el pie, ceñíanse la diadema de Roma  
en las envilecidas sienes; el tren de Augusto, el  
ajuar, el esplendor, se diferenciaban muy poco de  
los usuales en las primeras familias romanas. Re-  
domadamente político, sabía, con saber profundo y  
perfecto cómo se cambian las instituciones con fa-  
cilidad cuando se finge respetar las costumbres con  
celo. Su arte y destreza en convertir la casa par-  
ticular en palacio demuestra cuán taimado y dolo-  
so era. Un príncipe de la república no había me-  
nester palacio por alta consideración y autoridad  
que tomase; pero un príncipe de la monarquía, un

verdadero emperador como Augusto, necesitábalo  
de toda necesidad. Pero ¿cómo conservar la senci-  
llez republicana en palacio grandioso, ni ejercer la  
majestad imperial en casa reducida? Taimadísimo  
Augusto, escogió un expediente que prueba su per-  
fidia natural. Había vivido en el Foro de simple  
ciudadano. Mas emperador ó monarca, debía vivir  
en el Palatino, sacra montaña de las viejas tradi-  
ciones realistas, consagrada por la sombra de todos  
los reyes, adonde abrió Rómulo con la punta de su  
arado el surco para sembrar las ideas latinas y  
donde surgió la Roma cuadrata, base y fundamen-  
to ciclópeo de la eterna Roma. Como el monte Sa-  
cro y el Aventino resultan á una las montañas de  
los tribunos, el Palatino resulta la montaña de los  
reyes. Por consecuencia, el César debía vivir en el  
Palatino á la manera que Júpiter tronaba en el Ca-  
pitolio. Nada más fácil que apropiárselo á volun-  
tad. Los viles senadores, que habían legalizado to-  
das sus usurpaciones, bien podían legalizar aquella  
indebida ocupación. Al cederle toda la tierra, no  
había para qué regatearle una colina. Augusto, es-  
condiendo bajo apariencias engañosas los hondos  
cambios consumados en la Ciudad Eterna, compró  
una casa, la casa de un orador antiguo, la casa de  
Hortensio. Habitación de familia preclara, no tenía  
las dimensiones indispensables á la vivienda propia

de una familia imperial. Precisaba ensancharla, extenderla, prestar á sus salones el espacio necesario para que dentro de sus paredes cupieran todas las magistraturas, todas las dignidades, todas las prerrogativas, todas las grandezas, todas las glorias acumuladas en su persona, que al fin había hecho del cielo su dosel, de la tierra su peana, de la humanidad su rebaño. Para el alojamiento de un poder como su poder necesitábase palacio semejante al palacio de Baltasar y Sardanápalo.

¿Cómo hacerlo? Una de las mayores curiosidades que os provocan á largo estudio en aquella tan estudiada Roma, es la excavación emprendida tras el palacio de los Césares. La historia y la naturaleza de consuno con sus voracidades, el tiempo con sus desgastes, la sociedad y los hombres con sus guerras lo han destruído todo en términos y han puesto sobre tal destrucción tantas moles y terrenos tantos, que hallaréis con mayor facilidad los restos de una tribu prehistórica ó la capa plutoniana perteneciente á las bases fundamentales y á los terrenos primitivos del planeta que las habitaciones de personajes tan cercanos y tan históricos. Pero, excavada la colina donde tuvo Augusto la mansión, luego adscrita y vinculada en su familia y herederos, aparecen laberintos de piedras; muchas salas, ya circulares, ya cuadradas, ya octógonas; varios

pavimentos de mosaicos; mármoles de rarísimas canteras; alabastros, pórfidos, ágatas, materias todas semejantes á pedrería; estatuas trazadas por el cincel griego; frescos en los cuales campean, ya calles de Roma, ya escenas del teatro antiguo, ya personajes de la mitología, como Ceres en su carreta, como Io libertada por el divino Hermes, como Galatea perseguida por los cíclopes; excesos de magnificencias correspondientes con el exceso de autoridad y de poder. ¿Cómo, pues, todo esto se ha hecho? De un modo muy sencillo. Sucedió primero un voraz incendio, muy oportuno, para la reedificación de aquel hogar modesto. Luego se construyeron los templos de Vesta y de Apolo, ambos espaciosísimos, abiertos á la multitud que los veía deslumbrada, completados por anejos espaciosos; y así, en las dependencias del templo, en las edificaciones indispensables á sus respectivos cleros, penetraban las galerías, las despensas, los archivos, las bibliotecas, las salas, en una palabra, las habitaciones de Augusto, sin que nadie lo notase, quedando en apariencia la modesta casa de Octavio, cual aparentemente quedaban también las instituciones republicanas dentro del Imperio.

Un hombre, que procedía por tal manera y suerte respecto de objetos tan externos y tangibles, imaginaos cómo procedería respecto de las costum-

bres. No ya conservar las que habían por tanto extremo enaltecido la forma republicana, mejorarlas: he ahí su capital intento. A este fin había promulgado en la tribuna de los Rostros las leyes Julia y Papia Popea, con ánimo de fomentar el matrimonio al modo antiguo y traer á Roma nuevamente la sacra y vieja virtud republicana. Para modelo de vida no podía ofrecer cosa mejor que su vivienda, y para ejemplos de mujeres castas no podía presentar tipos más propiamente suyos que su Livia y su Julia. Ufano de ambas, especialmente de la hija, más joven y más hermosa, ignoraba que allí, á la misma tribuna donde promulgó él sus códigos morales, iba Julia sigilosamente por las noches á entregar su cuerpo en compañía de locos mancebos y en guisa de las mercenarias prostitutas, al vino y al placer. El orgullo de la familia imperial se concentraba en la incomparable matrona. Las criaturas habidas todas en matrimonio legítimo por ella identificábanse con sus legítimos padres en semejanza y parecido. Alguna vez excedíase Julia de lo prevenido por su padre y monarca en materia de lujo, mas así que le dirigían cualquier advertencia, entraba en orden y regularidad, coadyuvando á los desig- nios del emperador y á la gloria del Imperio. Su distinción le había captado muchos partidarios á la nueva forma de gobierno. La robustez y la hermo-

sura, universalmente reconocidas y admiradas, en honor de la familia cedía. Muy fundadamente se imaginara César descendiente de Venus; la resobrina, engendrada por el sobrino suyo Augusto, resplandecía con todas las gracias naturales á la divinidad incomparable del amor y del placer. Su frente ancha, su nariz helénica, sus ojos grandes, sus labios desdeñosos le daban cierta dureza indispensable á quienes habían de compartir la imperial autoridad y ocupar un trono tan alto. Cuando aparecía vestida para una festividad, calzada con sandalias rojas, envuelta en las atenienses túnicas, la diadema de oro cincelada primorosamente alrededor de las sienes y en la nuca el cabello negro anudado en un moño cubierto por tres hilos de perlas indias, el rumor de admiración provocado por su presencia se asemejaba mucho al rumor producido en los templos por los rezos y oraciones de un pueblo fiel y devoto.

Pero ¡cuántas y cuáles tentaciones increíbles no rodeaban á la mujer entonces! La esclavitud se imposibilitara, no obstante la inspiración de César y la increíble habilidad de Augusto, si la mujer en Roma no generara siervos. Los engendró sin remedio, los engendró en su corrupción. ¿Qué modo era ese de renovar las costumbres, presentando y ofreciendo tales divorcios en la misma familia imperial?

Tenían por tradición los romanos el adornar de ramas verdes los pórticos y puertas de las cámaras nupciales. Pues bien: mucho antes de que tales ramas se hubieran secado, despedían las matronas su marido y tomaban otro. Mujer hubo de ocho maridos en cinco años. Recorred las letras republicanas, y no encontraréis un libro comparable al arte de amar escrito en sus ocios sensuales por un poeta cortesano. Escribir y publicar semejantes libros á ciencia y paciencia del censor severo é imperial, que promulgaba leyes sobre leyes y disponía prevenciones sobre prevenciones en corrección y mejoramiento de las costumbres, indicaba cómo éstas se corrompieran por irremediable modo en el régimen imperial. Julia leía y releía los pornográficos hexámetros de tan asquerosa literatura, procediendo con arreglo á sus consejos elevados. Y á estas perversiones de las letras acompañaban perversiones análogas de los instintos domésticos más fundamentales y sacros. La esclavitud se recrudeció de tal modo en la Roma cesárea, que no parecía una ciudad ilustre de hombres libres, parecía una vil ergástula de misérrimos siervos. Como la naturaleza humana se resarce á la continua de todo lo dispuesto y de todo lo hecho en su menzura, el amor igualaba, saltando sobre los abismos insondables, aquellas criaturas desigualadas por la

sociedad y por las leyes. Grecia daba esclavos más bellos, más inteligentes, más artistas que todos los ciudadanos del viejo Lacio. Y el Africa y el Danubio daban esclavos más robustos y más fuertes que los conquistadores y déspotas del planeta. ¡Cuán fácilmente aquellos hombres, tratados, ya como inertes objetos, ya como animales domésticos, mientras los amos iban, bien á la corte, bien á la curia, se prevalían de la confianza en ellos puesta, y con salto de tigre subían desde sus abismos al tálamo nupcial de las patricias! Julia llevaba consigo una legión de siervos, electos entre los más hermosos que los conquistadores cazaban por las orillas de lejanos ríos. Especialmente un griego, que recordaba las melodiosas estatuas antiguas, y un fuerte nubio de facciones correctísimas muy compatibles con su tez negra y su atlética fuerza, la seguían por todas partes. Cuando un exceso de vigilancia ó un resto de rubor no le permitían salir á la carrera por las noches en busca de fáciles placeres y advenedizos amantes, desquitábase de su forzoso ayuno con estos animales domésticos, á quienes la vileza de su condición social no les quitaba por modo alguno la condición y la fuerza de hombres. El envilecimiento de los caracteres proviene de la profunda corrupción social, generadora también del envilecimiento en las instituciones. La